

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de la Vila Adrianien las inmediaciones de Roma.

SEGUNDA SERIE - 1856

AÑO XIV. 27.

UNA VILA EN LOS ALREDEDORES DE ROMA.

Roma primitiva, desde el punto de mira cristiano, no está en Roma, está debajo de la ciudad eterna, oculta en las entrañas de la tierra. Abiertas en los costados de las colinas que cierran el terreno donde se abriga la ciudad papal, setenta y dos regiones subterráneas llamadas catacumbas, cercan esteriormente la ciudad, ceñida como de otros tantos fuertes destacados. Yo he visitado los cementerios del Janículo, dedicado á San Félix, San Calepodio y San Pancracio. Al día siguiente visitaba el de Calisto. Despues me he dirigido al cementerio de Santa Inés, el mas interesante de todos, pero con gran disgusto mio, sin poder penetrar en él. A consecuencia de las degradaciones recientes se ha prohibido la entrada en este cementerio á los estrangeros. Solo el ministro de lo Interior puede pronunciar la palabra *abrete Sesamo*, y desgraciadamente para mí, el ministro no se hallaba en Roma, estaba en el campo. El mes de octubre es en Italia un mes de descanso, y tanto los príncipes del Estado como los de la Iglesia, se apresuran en este mes á gozar de la *villegatura*, y no perderían ni una hora de estos buenos y dulces placeres del campo por todas las glorias de sus abuelos. Aunque muy mudada Roma, la nieta de Rómulo merece todavía las convenciones de Jugurta. No se vendería como entonces al mas rico y al que mas la diese, pero vende sin pena todo lo que se la quiere comprar.

Empleando, pues, un medio que la esperiencia me recomendaba á cada instante, en el medio día del segundo domingo de octubre, alijeré mi bolsillo de dos escudos romanos, y una hora despues teníamos un *legno* de cuatro asientos, del que ocupé yo un rincón, frente á frente de un buen fraile y un dependiente encargado de guardar las catacumbas, y fuimos á galope á Santa Inés.

En la puerta Pia hice detener dos minutos el carruaje para saludar el genio de Miguel Angel; pero la puerta estaba tan escondida por un bosque de tablados y andamios, que me fué imposible ver si el dibujo del grande arquitecto justifica el mal humor de Milliccia. Este autor de la Roma y de las artes, puede ser mirado como el crítico mas completo que ha enviado la envidia al mundo. Nada es bueno á sus ojos: hubiera censurado al mismo Dios, si Dios hubiese tenido la desgracia de crear el mundo despues que á él. Reflexionaba esta funesta disposicion de los ánimos que en algunos es un mal incurable, cuando una mano pesada y gruesa me tocó en el hombro, y estas dos palabras, las primeras que pronunció despues de haber subido al carruaje, salieron de los labios del *frate*.

—¡Véde, tú!

Levanté la cabeza en la direccion que me indicaba su dedo, pero por mucho que miré, no vi al través de las tablas de los andamios sino una garita encima de la puerta. Esto era precisamente lo que queria hacerme ver. Despues de haberme tenido algun tiempo en suspenso, me dijo que habia caído un rayo pocos dias antes sobre aquella garita, y arrancado el fusil de manos del centinela francés colocado en ella. Atravesando el macizo de la puerta salió el fluido eléctrico, y llevó en seguida el fusil al cuerpo de guardia, y júzguese cuál sería el terror de los soldados al ver llegar por aquel camino el arma de su compañero.

Creyeron que habia perecido este desgraciado, pero únicamente tuvo un gran susto.

Sin disputar sobre el hecho que era notorio, ni sobre la esplicacion del fenómeno que el buen fraile iba á buscar en un orden de ideas religiosas, dirigí dos palabras al cochero, y los caballos, bruscamente azotados, se lanzaron sobre la antigua via Nomentana. Empezaba á encontrar sitios mas graciosos que se estienden á derecha y á izquierda del camino. Desde luego la Vila Patrici, mansion deliciosa donde se apagó la hermosa vejez del cardenal Giovani. Edificada según los dibujos de Sebastian Cipriani, desde la colina donde se eleva domina el palacio sin dejar al camino. No hay mas que volver la cabeza para verla con su escultura monumental y los verdes árboles que la rodean. Se descubre en seguida la vila Vologueti, de la que el arado borra todos los dias sus antiguas magnificencias, y que ha perdido hasta su nombre, porque cuando lo pregunté al dependiente de las catacumbas, me respondió que aquellos sitios medio cultivados se llamaban *Orté Lucernaria*.

—¿Y aquella otra vila que se descubre allá abajo, á nuestra derecha, y que parece tan hermosa, le dije estendiendo la mano, ¿cómo se llama?

—*Vila Torlonia*.

Era la vigésima vez que oia aquella respuesta. El duque de *Torlonia* es el todo en los Estados Romanos. Si se va á la plaza de Venecia y se pregunta de quién es aquel hermoso palacio que guarda tan preciosas ruinas adornado de un hermoso jardín, átravesado de un rio de oro, dirán que es... de *Torlonia*. Si se va á la via Apia recorriendo el circo de Rómulo y aun las viñas llenas de sepulcros antiguos, y las ruinas pintorescas de *Roma Vecchia*, al informarse de su propietario... *Torlonia*. ¿Quién posee esa admirable campiña? decía yo una mañana al guardian del terraplen de Albano... *Torlonia*. Así al día siguiente en el lago Bracciano, no titubeé en decir:

—¿Este lago pertenece á *Torlonia*?...

—Si, signore, me respondió mi guía.

Puede apostarse ciento contra uno, que mostrando un sitio ó un punto al acaso, se acertará diciendo que es de *Torlonia*. Llegamos, pues, á la vista de la vila Adriani, donde hay mil maravillas y donde se ven grandes ruinas.

—Un teatro griego, caballeros, nos dijo nuestro cicerone, vean vds. el corredor sobre la gradería; la galería misma es una parte de la escena.

—¿Cree vd, replicó un anticuario con calor, que no he reconocido el antiguo pórtico de Atenas decorado de pinturas?

Precisa era una perspicacia de miembro del Instituto arqueológico de Berlin ó Roma, para conocer esto, porque el teatro de la vila Adriani, no consiste en este momento sino en un muro, todo desquebrajado y cubierto de yedra.

—Hé aquí la escuela y el escenario un poco mas lejos.

—*Vacci* y *Nibi*, dijo el cicerone, dan este edificio por un templo.

—Pues que el señor, dije yo al guarda haciéndole una seña, conoce la vila mejor que vd., dejarle orientarse solo, y vd. ilumínenos á los ignorantes.

Los dos consintieron con mucho gusto. El alemán se metió entre las ruinas, y siguiendo al cicerone, nosotros visitamos la caserna de los pretorianos, base y pórtico de dos ó tres pisos, en los que se ven multitud de celditas, lo que le ha valido el nombre de *Cento Camarelli*, el Cáno-

pe, relacion del tiempo de Sergio y del palacio imperial. Yo enseñé á mis compañeros en un cuarto de aquel edificio, los nombres grabados en la pared por varios pintores y escultores españoles pensionados en Roma, entre otros el de Anbós, cuando un martillazo que resonó, al que siguieron repetidos golpes sobre la piedra, despertó la atencion del guía que nos enseñaba la vila, que nos dejó precipitadamente.

Pronto nos atrajeron hácia el lado del valle del templo unos gritos, y llegamos bastante á tiempo de impedir una escena de pugilato digna de los tiempos antiguos. Vimos que nuestro guía agarraba por el cuello al anticuario, y le daba buenos meneos con los ojos encendidos en cólera. Nos acercamos preguntándole asombrados qué sucedia.

—¡Mónstruo! ¡Rozo! ¡Selvático! decia gritando el guía.

—¿Pero qué ha hecho?

Demasiado conmovido para espresarse mas que por interjecciones, nuestro cicerone nos enseñó una cabeza á la que faltaba la nariz; la fractura estaba fresca, y el delincuente cogido en flagrante delito.

—¿Cómo! dije yo al anticuario. ¿Ha mutilado vd. esa cabeza?

—*Il nazo di Cicerone!* exclamó dolorosamente el guarda.

—Aunque fuese la nariz de un *lictor*, no seria menos vituperable el hecho: es una barbarie, un abuso de hospitalidad. Vuelva vd. ese pedazo de mármol y marchemonos.

—No lo tengo, respondió el anticuario.

El guía, hombre de puños y de empuje, le registró inmediatamente á pesar suyo, y cuál nos quedaríamos al ver que tenia los bolsillos atestados de pedazos de mosaico, de fragmentos de mármol, de chapas, de cascarillas, de yesones iluminados arrancados de las paredes; todos le obligamos á restituir sus latrocinios, entre los que salió la nariz de Ciceron. Recompensamos largamente al guarda, y tomamos desde allí el camino de Frascati. Perdón la esperanza de volver á recobrar su presa, el fanático por las antigüedades romanas no quiso seguirnos, de lo que nos alegramos de veras. Este es el inconveniente que hay en ir en carruages públicos y por asientos, que no sabe uno que personas le acompañan, viéndose á lo mejor comprometido.

Damos á nuestros lectores la vista de la vila Adriani, situada en lo mas hermosa de la campiña romana. Otro dia les hablaremos de otras curiosidades.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

LOS BAÑOS EN RUSIA.

Vamos á ver, en esta estacion tan propia de los baños que se usan en todas las naciones del mundo, cómo son los baños en Rusia. Por de pronto nos trasladaremos primero al campo y despues veremos cómo se practican los baños en las ciudades.

Si se entra en una aldea rusa se ve de trecho en trecho destacarse habitaciones ó casitas de madera ennegrecidas por el humo y pareciendo casi á los restos de un incendio.

Estas son las casas de baños.

No hay ventana ninguna en las paredes, en su lugar hay algunos pequeños orificios horadados entre dos vigas del techo ó en las paredes laterales. El interior tiene el aspecto de una taberna donde no se penetra sino por una puerta estrecha y baja como la de una cueva. Cuando yo entré por primera vez en una de estas casas hacia mucho frio y se hallaba llena, sin embargo, habia despues de una antosalita una pieza bastante grande para poder contener unas quince personas.

Todas las casas de baños de las aldeas están construidas casi con las mismas dimensiones. A la derecha un horno groseramente construido, cubierto con un monton de pedernales negros como el carbon: encima del horno una especie de camaranchon de dos ó tres pisos llenos de paja de trigo y de hojas secas: á la izquierda un banco de madera y dos ó tres cántaros vacios: ademas muchos haces de leña colocados en las paredes.

Todo aquel aparato era terrible, terrible sobre todo en aquel dia, porque se habia depositado en la casa de baños un cadáver.

Tal es, en efecto, el uso de los habitantes del extremo Norte, conservar los cadáveres muchos dias antes de en-

terrarlos. Así evitan los accidentes horribles á que dan lugar algunos fenómenos de letargos. En muchas aldeas la casa de baños sirve tambien de depósito fúnebre.

Pero vamos á hablar del baño. Aquella casa, transformada antes en sepultura, vuelve á tomar su destino natural. Arde el horno, los negros guijarros se enrojezen, se llenan los cántaros, los unos con agua fria, los otros con agua tibia, y al mismo tiempo los monjiks preparan las varas de acebo, y la paja que cubre el camaranchon.

—*Vaijn gatowa!* El baño está pronto. A esta invitacion de mi criado entré en la casa negra.

Seguramente no sin aprension, pero me prometí gozar de un baño ruso, y por todo el mundo no hubiera renunciado á él.

Un monjiks desnudo con un cabello rojo como un tizon ardiendo, me recibió á la entrada.

En un instante me despojé de mis vestidos y puse en estado de pura naturaleza.

Dueño así de mi persona me introdujo en el baño.

El calor que reflejaba el hogar y los guijarros que le cubrian era intenso.

Se apoderó de mí repentinamente una traspiracion.

Entonces un monjiks se puso á inundarme todo el cuerpo con una agua casi helada y despues á frotarme con toda su fuerza con un guante de lana impregnado de jabon.

Poníame rojo, sentia mi carne destrozarse. El monjiks redobla sus esfuerzos, una nube de jabon me rodeaba todo entero.

Sin embargo, el calor era cada vez mas ardiente, un espeso vapor llenaba todo el cuarto. El monjiks alimentaba este vapor vertiendo sobre los guijarros abrasados del horno agua.

Habia llegado el momento de subir al camaranchon.

Allí me acosté sobre la paja.

Imposible sería contar lo que yo experimenté en aquella posición; era á la vez placer y padecimiento: mi cuerpo chorreaba de sudor, la sangre se agolpaba á mis sienes y hervía en mis arterias.

Y á todo esto el monjiks continuaba todavía sus frotos.

En fin, me hizo señal de subir al último piso del camaranchon. Allí el calor se hallaba en su apogeo. No exagero si digo que estaba entre sesenta y setenta grados de Reaumur: médicos que han hecho la experiencia, dicen que estaba sobre veinte mas que el calor de la fiebre.

En medio de aquella atmósfera ardiente me pareció que iba á evaporarse toda mi existencia.

Mi respiración era anhelante, mi lengua seca se quedaba tiesa en la boca, mis miembros inmóviles y parados yacían sobre un lecho de paja como desprendidos de mi cuerpo. Pero yo estaba resuelto seguir hasta lo último.

El monjiks parecía que se burlaba de todos aquellos ardores.

Echaba á cada instante cántaros de agua hirviendo sobre los pedernales encendidos del horno, y en cada nueva evaporación yo me sentía como traspasado por un torrente de fuego.

Por otro lado me azotaba á mas no poder con las varitas de acebo, porque era preciso aquella vez que la transpiración llegase á su mas alto punto. Padecía cruelmente.

En fin, grité que bastaba, que lo dejasen.

Entonces me hicieron descender y escurrir desde lo alto del camaranchon donde habia estado, hasta el suelo, donde caí destruido enteramente.

Una dulce fricción me reanimó. En mi vida he experimentado sensación mas dulce, y cuando mi monjiks me vertió lentamente sobre el cuerpo dos ó tres cántaros de agua tibia, me pareció que todos mis miembros tomaban movimiento y que una savia abundante reanimaba todos mis órganos.

Cogi mis vestidos y me apresuré á volverme á mi casa, donde me metí en cama. Entonces se verificó en mí una terrible reacción. Todo lo bueno que habia sentido hasta entonces, se desvaneció de repente para hallarme entregado á todos los síntomas de una fiebre cerebral.

Es porque al tomar mi baño habia cometido una grave imprudencia. En lugar de distribuir el calor en todo mi cuerpo regándole igualmente con agua fria ó tibia, habia hecho llegar las aspersiones principalmente al tronco y los miembros inferiores, dejando la cabeza entera sin contrapeso en el centro mas ardiente de la atmósfera. Mas de cuatro horas se llevaron en neutralizar los efectos de este descuido. Despues de lo cual entré en el primer reposo que pude conseguir, habiéndome atrevido á tomar un baño ruso.

Preciso, sin embargo, es decir que no á todo el mundo le es permitido seguir mi ejemplo impunemente. El baño ruso, tal cual acabo de describirlo, sería funesto á muchos, y á mi vuelta á San Petersburgo, cuando yo contaba en las tertulias mi escursión, encontré un gran número de rusos que me lo criticaron como una imprudente temeridad.

Para sacar de esta clase de baños todos los efectos buenos que prometen, se necesita una constitución vigorosa, casi escepcional, ó al menos esa costumbre que no puede pertenecer sino á los del país.

Sobre estos ya sabemos á qué atenernos, porque lo que yo he contado de mi monjiks se puede decir de todos los rusos en general. Sumergidos en el vapor mas espeso en el camaranchon, se frotan y azotan el cuerpo hasta que se identifica su calor específico con el del horno. Horribles son entonces de ver, encarnados, ardientes, chorreando sudor. Así es como se libran de una pulmonía y pueden ir á su casa con un frio de treinta á treinta y cinco grados. Entonces se revuelcan en la nieve, ó se meten en agua helada sin sentir ninguna impresion desagradable.

No se debe deducir de aquí que el paisano del Norte posee en un grado eminente las facultades de desafiar el frio, un exámen profundo demostraria precisamente lo contrario. El niño mas delicado de los climas templados, si se espusiera al vapor del baño ruso no sentiria tanto el frio de la nieve ó del hielo. El agua helada parece tibia al salir de esos baños. Cuando el cuerpo está provisto de un escaso de calórico, apenas siente alguna impresion de una sumersion momentánea en agua fria, pero sería peligroso permanecer allí y los monjiks cuidan bien de no hacerlo. El mismo hombre que medio cocido se mete en un baño de nieve sin trabajo, siente faltarle el aliento cuando sin precaución se mete en la fresca temperatura de nuestros rios.

La importancia del baño sobre el cuerpo humano mientras conserva la superabundancia de calor de que ámpliamente se ha provisto, explica otros fenómenos que se producen en Rusia. Así se ve en Moscou y San Petersburgo, durante la noche, con un frio de quince grados Reaumur, cuya intensidad hiela el alcohol y convierte en témpanos el agua hirviendo vertida al aire libre, los dwornisks ó porteros bajan con los pies descalzos y cubiertos únicamente con una camisa de algodón y unos calzoncillos de lienzo, á hacer entrar el coche de sus amos. Aquellos hombres que solo se esponen al frio por algunos instantes, habitan en cuartos cuyo calor está siempre á veinte ó veinte y cinco grados, y para conservarlo se acuestan sobre pieles de carnero colocadas sobre ladrillos calentados en la chimenea rusa. Preparados así, cualquiera otro que ellos podría, sin experimentar la impresion del frio, permanecer muchos minutos al aire libre, mientras que el mismo espacio de tiempo bastaria para que se les helasen las estremidades, si saliesen ya resfriados. Los monjiks borrachos que se encuentran durmiendo en la calle, ordinariamente han absorbido una gran cantidad de licores espirituosos que les ponen en un estado de fiebre: la piel de carnero que les sirve de vestido, conserva largo tiempo el calor; cuando esto cesa se despiertan. Cuando el borracho vuelve á la razón su primer movimiento es ir á buscar el abrigo de su habitación, pero cuando no ha recobrado suficientemente el sentido antes de perder el calor animal, se hiela y se muere.

Así perecen en el invierno muchos millares de aldeanos de los estados del czar.

El baño de vapor es para el aldeano ruso un antídoto de todos sus males, una universal panacea. Mientras puede recurrir á él está seguro de su salud, pero comienza á desaparecer desde que una posición, aunque sea accidental, le obliga á salir de él. Tan convencido estaba Pedro el Grande de la eficacia del baño ruso, que difícilmente se determinaba á fundar hospitales militares, pretendiendo que mientras sus soldados tuviesen la felicidad de bañarse, no debían temer estar enfermos.

Ademas, es una grande felicidad para el aldeano ruso este medio de salud que le proporciona la naturaleza, por que hasta este punto la ciencia parece haberse olvidado ocuparse de el.

Si se recorre el interior del imperio, si se entra en las ciudades mas populosas apenas se encuentra sobre diez ó quince almas que se curen sus males por médicos dignos de este nonbre. No se encuentran mas que barberos que manejan la lanceta, y algunos criados de hospitales que llevan recetas como esos charlatanes y curanderos cuyos méritos están al nivel de su ignorancia. La mayor parte de los males los curan algunas mugeres con fórmulas cabalísticas y ciertos signös ó con recetas de los sacerdotes griegos en algunos puntos.

Volvamos á nuestros baños.

Su efecto mas inmediato en el aldeano ruso es, recuperar sus fuerzas, debilitadas por el trabajo, dar elasticidad á sus miembros, proporcionándoles vida y armonía por la transpiracion. Es una especie de religiosa regla del hombre que ha atacado muchas veces en sus gérmenes una enfermedad que hubiese sido mortal.

De aquí proviene sin duda esa vida sana y vigorosa que disfruta el monjiks de los campos.

Rara vez sucumbe á una enfermedad lenta y continuada, su muerte es casi siempre un accidente repentino, ó una apoplejia fulminante.

Asi entre ellos se encuentran esos grandes ejemplos de una vejez poderosa que rivaliza en cierta manera con la edad madura.

Tal es ademas, el privilegio de los climas septentrionales. En Rusia se cuentan muchas gentes que llegan á los noventa años.

El aldeano ruso frecuenta el baño, al menos una vez por semana, los sábados ordinariamente; se bañan ademas la víspera de las grandes festividades, porque á sus ojos el baño es la mas noble preparacion que pueden tener.

Ademas es el único ejercicio de aseo que hace. Generalmente sucio y descuidado, se familiariza con la porqueria, vive sin repugnancia en compañía de los insectos y mas asquerosos animales.

Cosa extraordinaria, el calor del vapor le suaviza la barba, y puede afeitarse sin jabon con las mas malas navajas.

Las mugeres sacan menos ventajas, porque por efecto de las fuertes traspiraciones escitadas con el baño, la frescura de su tez se altera en poco tiempo, y su rostro se cubre de arrugas prematuras.

Veamos ahora lo que son los baños en las ciudades.

El carácter salvage de los baños del campo se ha civilizado en cierto modo, al pasar á las ciudades. Allí ya no se encuentran aquellas casas de madera, ahumadas y negras, que acabamos de describir.

El aspecto de las casas de baños de las ciudades, es noble é imponente. Es un vasto edificio compuesto de un número infinito de piezas separadas en muchas divisiones desiguales, sea su destino público ó particular.

Un baño público, hablo de un baño que debe ser frecuentado á la vez por un gran número de personas, se forma únicamente de dos piezas; la una sirve para vestirse los bañistas, y la otra para el baño propiamente dicho. Esta última pieza encierra un horno grande ó estufa, cu-

bierta como las de los aldeanos, con pedernales ó minerales fundidos sobre los que se echa el agua para producir el vapor. Vense allí ademas pegados á las paredes, largos estantes de dos ó tres gradas segun lo alto de la pieza.

El modo con que se administra aquí el baño ruso, es absolutamente idéntico á como se administra en el campo.

Los baños están abiertos en las ciudades tres veces á la semana, los lunes, miércoles y sábados. Pero si cae alguna fiesta en uno de esos dias, el baño se toma la víspera. Entre las gentes que frecuentan los baños públicos, es preciso contar á la gente baja de las ciudades, los criados de los grandes señores y los soldados.

Estos son llevados regularmente una vez á la semana por destacamentos de cuarenta ó cincuenta hombres á las órdenes de un sargento. Al ir y al volver marchan de dos en dos llevando debajo de brazo un saco con su ropa, y en la mano el hacecito de varitas de acebo, destinado á conseguir el efecto del baño.

Lo mismo se practica con los presidiarios en las fortalezas del imperio; porque la pena que llevase consigo la prohibicion del baño, seria para el condenado una verdadera sentencia de muerte.

La jurisprudencia rusa ha previsto este caso.

Curioso es el espectáculo de ver á una multitud de bañistas agitándose en la estufa en medio del mas espeso vapor, dándose frotos y azotándose los unos á los otros, subiendo y bajando en los estantes, y muchas veces animando aquella escena casi infernal con los mas alegres cánticos.

En otro tiempo los baños públicos estaban abiertos para los dos sexos simultáneamente. La policía actual ha puesto orden en esto, prohibiendo que se mezclen los bañistas de diversos sexos, bajo las penas mas severas.

Los baños destinados á los particulares son mas complicados que los baños para el público. Se componen de una antesala, una alcoba que sirve al mismo tiempo para vestirse, y un cuarto calentado á 45 ó 20 grados donde se encuentra el baño, y en fin, de una estufa. Este servicio se hace á voluntad, es uno libre de tomar un baño en una pila, ó un baño ruso propiamente dicho. Este último, menos bárbaro en su aparato que el baño del monjik, no es menos eficaz.

Como todo el invierno el uso del baño de vapor es necesario en Rusia, el frio en aquel clima no se parece á los frios de otras partes. En un grado igual, es cien veces mas agudo el de Francia, España ó Italia. De aquí proviene que la menor imprudencia puede ser fatal.

Decir de alguno que ha cogido frio, es lo mismo que decir que está herido mortalmente. El único remedio en este caso es un baño ruso; pero entonces hay que darse prisa y no aguardar á que el frio dure mucho.

Los extranjeros del Mediodía que llegan á Rusia, supieran mas bien el primer invierno que las gentes del país. Se les ve pasear con simples paletots en las orillas del Neva, con un frio de 29 á 30 grados de Reaumur, mientras que los naturales no salen de sus casas sino con pieles.

Esta facultad falta poco á poco, y al segundo invierno os mas intrépidos extranjeros se vuelven los mas frioleros y tienen que acudir al uso frecuente de los baños rusos y y de todas las demas precauciones.

Al salir de la estufa el bañista de este establecimiento

le da unos frotos, le azota, y le lleva jadeando y chorreando de sudor á la cama preparada en el segundo cuarto.

Allí, después de un cuarto de hora de descanso, muchas veces de dormirse, se siente uno muy bien, el baño ha producido su efecto.

Hay aficionado que entonces se apresura á vestirse y volverse á su casa, ó que se tiende en un sofá, y fuma en pipa ó toma té; el té es la bebida familiar de los rusos. Monjik, ó gran señor, necesita el té, y en la mayor cantidad, lo cual no le falta, porque las carabanas de Kaiatha, le llevan á todos los mercados la mitad del mas exquisito

de la China. Si siempre el té es una bebida deliciosa, lo es mas después de un baño ruso. Entonces su perfume parece mas suave, y el cuerpo fatigado es mas simpático á aquel dulce y benéfico licor.

Podríamos referir otras clases de baños que se usan también en Rusia, baños termales á 60 y 80 grados, aromáticos, sulfurosos, orientales, de vapor, de chorro, ferruginosos; pero esta clase de baños se hallan mas ó menos en todos los países, y el baño propiamente ruso, es el que acabamos nosotros de describir.

M.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LOS BORREGOS.

EL PONTAZGO DE ALCÁNTARA.

Entre las verdades mas verdades de este mundo hay una que por lo vulgar bien podría llamarse verdad de Pedro Grullo, y que no necesita comentarios: el país que menos se conoce es aquel que mejor podría conocerse.

En efecto, nos ocupamos mucho de las cosas de Francia, de Rusia, de la China, y seguramente nos interesan mas bajo este título que la España.

En esta época de locomoción nuestra vida está en todas partes, excepto en donde nos encontramos; tanto que miraríamos como un anuncio serio la predicción de algun visionario moderno que anunciase como último termino del progreso una generacion de hombres con rabo de quince pies, y un ojo telescópico en la punta.

El telescopio es en efecto el instrumento simbólico de los pensadores de nuestra época: todos observan un poco á la manera de los astrólogos; únicamente dejan de hacer caso de los pozos que puede haber á sus pies, y mas de uno se deja caer en ellos. No hagamos nosotros lo mismo, á pesar de nuestras teorías, y para mayor seguridad vengamos á tratar del borrego.

Los pontazgos y pontazgos son muy antiguos; y ya habia en tiempo de los romanos un antiguo refran que decia que noventa y nueve borregos y un pastor hacian cien cabezas.

Tan cierto es esto que habia un decreto en tiempo de Cesar por el cual decreto todo rebaño de cien cabezas debia pagar un derecho al entrar en la ciudad, ó al pasar algunos puentes.

Uno de los puntos de España donde se habia conservado esta costumbre era en el puente de Alcántara, en términos que andando los tiempos y concedido ese pontazgo á la órden militar de Alcántara, se ha estado pagando una por cada cien cabezas de los ganados que por él transitaban, á dicha órden militar, constituyendo una de sus mas pingües y fuertes rentas, hasta que ha sido abolido en estos últimos tiempos de innovaciones políticas.

Vamos á ver, después de haber registrado muchos papeletes cubiertos con el polvo de los siglos en los archivos, cuál es el origen del refran que da origen á nuestro artículo: noventa y nueve borregos y un pastor hacen cien cabezas-

Hubo en tiempo de los romanos un pastor imprudente; si no miente la historia, que quiso sustraerse de la tarifa. Hizo pasar por el puente, que andando los siglos tomó el nombre de Alcántara, de la órden militar á quien se le habia concedido, noventa y nueve carneros. Diestro era el medio; mas parece que en aquel tiempo los empleados de puertas y pontazgos eran también gente de talento: el administrador del pontazgo hizo la observacion de que noventa y nueve cabezas de ganado y el pastor hacian exactamente cien cabezas, que esta era su cuenta y que era preciso pagar.

Pagó el pastor? En esto estriba toda la cuestion. Si pagó, si se convenció con la cuenta hecha por el pontazguero romano, bien merece el refran que desde entonces ha quedado. Lo merece seguramente por su imprudencia, haya ó no pagado.

Grandes polémicas suscitó en Roma la cuestion del pastor ibero que se negaba á pagar el impuesto. El negocio se llevó á Roma, y mucho se burló de los funcionarios de Cesar el partido ya numeroso de la oposicion que contra él se formaba, y que concluyó por darle de puñaladas en los idus de marzo al pie de la estatua de Pompeyo.

Ocupáronse de este negocio los mas grandes jurisconsultos, y aun creemos que Ciceron tomó cartas en el asunto, si bien es lástima que se hayan perdido los trabajos que sobre esto pudo haber hecho.

Llegóse hasta el caso de asegurar que los carneros no eran animales, ó que en todo caso lo son tan poco que la comparacion debia ser una lisonja para el pastor.

Orador romano hubo que, después de una tosecilla preparatoria, habló en la asamblea romana de esta manera:

«Un ser animado es una bestia, porque no goza del singular y cansado privilegio de andar como el hombre sobre sus piernas traseras. Por esta cuenta el oso, el mas obtuso, el mas feroz de los animales, seria una especie de hombre. ¡Y cuántas gentes se ven andar con mucho aplomo en dos pies que merecian galopar en cuatro patas!

«Aristóteles dice que el borrego es el mas tonto y el mas inepto de los seres del mundo. Pero otros autores lo han defendido de esta imputacion. No se ataca mas sino lo que puede resistir á la ofensa: yo prefiero cien veces la opinion de Plutarco: este era un talento prudente, comedido, que no decia nada ligeramente. Dice al hablar de Favio Máximo que era tan valiente, tan circunspecto en su ju-

ventud que había sido apellidado *Ovicula*. (Oveja.)»

Empero abandonemos los libros de los filósofos, que son hechos por los hombres, y consideremos el borrego, esa hoja viviente del libro del Eterno. ¿Quién mas dulce, mas manso, mas inofensivo, mejor y por consecuencia mas aproximado á la humanidad. El borrego es, tal vez, el único animal que no sabe defenderse, que no resiste. En su misma debilidad, en su inocencia, ha puesto la naturaleza el secreto de su intimidad con el hombre. No puede pasar sin nosotros, sabe vivir con nosotros, en nuestra casa. Querido de los niños y de las mugeres, amado, estimado de los hombres, ¿qué no les concede en cambio de esta protección? Nos viste, nos calienta, nos abriga del viento, como nosotros le abrigamos del lobo; y no podríamos vivir sin su lana, como él no podría vivir sin el pastor. Se puede vivir sin perros, se reemplazan los caballos, son superfluos los volátiles; empero, ¿quién pensará jamás en reemplazar al carnero?

Las chuletas son en efecto un elemento constitucional de la existencia del hombre. No es una chanza de caribes: nosotros podríamos decir del borrego lo que el antropófago decía del misionero, que estaba tierno porque había comido de él.

Lamartine en sus confidencias protesta contra la preocupación de que el hombre continúa en alimentarse de carne. Afirma que hasta su entrada en el colegio no había profanado sus labios con aquellas horribles libaciones. Cuenta en términos muy tiernos sus amores por un corderillo, al que defendió por sus ruegos y salvó de la cuchilla de la cocinera. Esto dice Lamartine, uno de los mas grandes poetas de la Francia, uno de los géneos mas esencialmente líricos.

Sin embargo, Lamartine ha comido carne en los banquetes políticos. Verdad es que lo ha hecho con ensalada.

El borrego es, pues, un animal superior á los demás animales. El hombre no ha hablado tan mal de los carneros sino por un odio de plagiarlo: porque le debe todo, no solo sus alimentos, sus vestidos, las luces con que se alumbra, las cuerdas de los pianos, harpas, violines y guitarras que le diviertan, sino tambien sus costumbres, sus hábitos, sus instituciones.

Parecerá muy atrevida esta proposición. Nada hay mas atrevido que la verdad, mayormente en el siglo de hipocresía en que vivimos. Si, el hombre no es mas que un borrego sin lana. ¿Cuál es, pues, en efecto, el carácter distintivo del hombre á primera vista? La sociabilidad. Los carneros viven en reuniones, en grupos, en rebaños; en una palabra, bajo este aspecto el carnero es superior al hombre. Son lógicos: jamás tratan de matarse ó herirse uno á otro, bajo el pretexto de que han sido criados para vivir juntos.

¿Cómo llama Homero á los jefes de los pueblos? Pastores de hombres. ¿No hacemos nosotros lo mismo que los carneros cuando nos lanzamos por un sendero conocido y abierto? ¿De dónde proviene esa expresión «dejarse esquivar», sino de la semejanza que existe entre el hombre y el borrego? ¿Qué quiere decir el símbolo antiguo de Jason, yendo á buscar la piel de una oveja á Colcos? ¿Por qué Felipe el Bueno, duque de Borgoña, instituyó en 1430 la orden del Toison de oro con motivo de su matrimonio con Isabel de Portugal, esa orden tan preciada, por la que se

lanzan los hombres á hacer las mas altas proezas, y que es la suprema recompensa de los reyes, sino se admite que el hombre tiene necesidad de tomar sus comparaciones, sus hipótesis, sus distinciones mismas, en los rebaños que imita, á que se asimila por el alimento, por el vestido? ¿Cuál es el primer grito del niño en la cuna, sino un balido? ¡Bé! ¡Bé!...

Los borregos, repetimos, segun todo el mundo, segun la voz de la sangre y el sentimiento de la familia, son uno de nuestros mas gloriosos patrimonios. Abrid las páginas de Buffon, y vereis en ellas: «El corderillo busca por si mismo en un numeroso rebaño, halla y coge la teta de su madre, sin equivocarse jamás.» ¿Hace esto un idiota? ¿No se ha visto al contrario, en borregos de dos pies, desdenar, olvidar el pecho que les había alimentado? Juan Jacobo Rousseau ha escrito páginas elocuentes para persuadir á las hembras de los hombres que era un deber sagrado criar con su leche y amamantar á sus hijos. ¿Han tenido jamás las borregas necesidad de que se les predica esta virtud?

El borrego no solo es un ser pasivo, sino que ama y comprende las artes. ¿Por qué la mayor parte de los pastores son músicos? ¿Por qué esas flautas, esos caramillos, esas zampoñas y rabeles, esa variedad de instrumentos rústicos, sino porque los borregos son sensibles á la música? ¿No se ha debido á la necesidad de hacer pastar los rebaños al eco de la armonía la invención y la perfección del sublime arte de la música? Y si los borregos que hablan tienen estas delicadezas, estos refinamientos, ¿no convendría al mayor número de ellos engordarlos, y dirigirlos al acento de la flauta?

No hablemos de la reconocida inocencia de las costumbres pastoriles. Se exhala de las ovejas un perfume de bondad. Cuando Dios se digna manifestarse á las criaturas, va frecuentemente á buscarlas en medio de los rebaños. Santa Genoveva, Juana de Arc, esas dos grandes heroínas de la Francia, guardaban sus rebaños, y recibieron entre ellos sus patrióticas inspiraciones. ¿Por qué aun hoy en nuestro lenguaje impío, cuando se duda de las cosas santas de los siglos admirables y poderosos de la fé, se dice con irónica sonrisa: «Ya no estamos en los tiempos en que la Madre de Dios se aparecía á los pastores?» ¿Por qué en la edad media, y aun en algunas provincias, los pastores son considerados como encantadores, y hacían en la creencia del vulgo prodigiosas curas, sino por la convicción íntima de que ya los borregos tienen un talento que les permite inspirar al del hombre? ¿Por qué se dice al hombre malo que es una oveja sarnosa? ¿No es esta una confesión arrancada á despique de nuestro orgullo? Si, somos borregos: la sola diferencia es que algunas veces nos comemos al pastor. Sin embargo, no podemos pasarnos sin él. El hombre hace revoluciones, derriba poderes constituidos: inmediatamente levanta otros á los que se somete. Los verdaderos borregos tienen el arte de desarmar sus dominadores, de hacerse respetar de ellos: el hombre al contrario; sabe hacerse amar tan poco de sus pastores, que perpétuamente desconfía de ellos, y cree tener necesidad de causarles miedo de tiempo en tiempo con sacudimientos que despues espía mas duramente.

En verdad os digo, que no son los mas animales los que

se piensa, y el proverbio romano es bastante exacto aplicado á la humanidad en general.

Considerado el borrego filosóficamente todavía tiene en favor suyo respetabilísimas autoridades religiosas, que hacen doblar al hombre la cabeza ante ellas sin exámen. ¿Qué dice Moisés en el libro XXIX del Exodo? «Inmolad al dios dos corderos al Señor: es la ofrenda mas agradable.»

donde se encierra el Dios vivo y ante el que se postra la humanidad entera la figura de un cordero echado sobre el libro de los siete sellos del Apocalipsi? Al designar en las márgenes del Jordán el precursor del Mesías, al deseado de las gentes, al que venia á redimir la humanidad, se vale de estas palabras: «Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.»



El pontazgo romano del Tajo (hoy puente de Alcántara).

¿Se ofrecen á Dios los últimos de los animales? ¿No está aquí el cordero designado como el primero de los holocaustos dignos de la soberana inteligencia? ¿Cómo se llaman nuestros sacerdotes? Pastores. ¿Cómo nos tratan? De rebaños. ¿No hay en nuestros templos imágenes sublimes que representan al Redentor del mundo llevando sobre sus espaldas una oveja? ¿No hay encima de los tabernáculos

Todos los animales han tenido sus encomiadores. El célebre Apuleyo hizo la apología del asno. Nosotros hemos querido hacer la del borrego; nombre con el que injustamente se designa al hombre torpe y de poco talento, nombre con el que lejos de darse por ofendido, por las razones que acabamos de manifestar, debería darse por muy honrado.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.